

# TIEMPOS MUERTOS

Marc Rodríguez Soto





© Marc Rodríguez Soto

Junio de 2001

marc@chemist.com / [www.dooyoo.es](http://www.dooyoo.es)

© DE LA PRESENTE EDICIÓN ELECTRÓNICA:



VNU BUSINESS PUBLICATIONS ESPAÑA, S.A.  
SAN SOTERO, 8. 4ª PLANTA  
28037 MADRID

Introducción .....	4
Viernes, café .....	5
Al olmo, peras .....	7
Último intento .....	9
Nocturno .....	11
Maratón .....	17
Fight! .....	23
A la sombra de Elisendo.....	25
No hay fantasmas .....	28
El pueblo elegido .....	34
Momentum .....	35

## Introducción

Es argumento común que la vida en su ajetreo nos roba el tiempo, las ganas y hasta el alma, y que, presos del ritmo endiablado del día a día, el tiempo se nos escapa de entre los dedos. Que no podemos sino ver la televisión, sino ir al cine, sino leer comics. Que la literatura murió con la Revolución Industrial, cuando nos mecanizamos y nos sometimos al tempo implacable del reloj.

Sin embargo, al mismo tiempo, la vida está llena de tiempos muertos. Momentos que transcurren en la cola del supermercado, en la parada de ese autobús que no llega, en la espera de la destinataria de nuestro corazón y el ramo de rosas que se seca en nuestra mano. Todos estos momentos, por vacíos, son latidos perdidos.

¿Cuántos años de nuestra vida se esfuman en los atascos de tráfico?

Es preciso llenar esos momentos. Hacerlos útiles. Y para ello, ¿qué mejor que un relato? Regresemos a la infancia aquélla en que de los minutos que mediaban entre el pijama y el sueño eran llenados con brujas negras, bellísimas doncellas, manzanas envenenadas. Regresemos al cuento de no más de cinco minutos.

Ocupemos ese tiempo perdido, en la parada del autobús, la calle fría y gris, la lluvia ametrallando el paraguas. Hagámoslo útil...

## Viernes, café

Mi hijo no comprende. Viene a verme cada viernes, durante una hora y media, y cree que con eso ha cumplido. Tomamos café despacio, sorbo a sorbo, mientras él aspira un Ducados. A veces lo aplasta a medio fumar en el cenicero, y al poco prende otro. A mi hijo lo matará un cáncer.

El café le dura mucho a mi hijo, lo hace durar. Arrastra cada sorbo como si en ello le fuera la vida, entre calada y calada. Me observa con los ojos entornados y la mente cerrada a cal y canto mientras la cocina se va llenando de humo. Mi hijo recela de mí. Cree que le miento. Yo creo que en realidad lo que ocurre es que no le gusta mi café.

Mi hijo tiene un BMW, un chalecito en la sierra que todavía no he visto y una mujer que se me atraganta como un hueso de aceituna. En ocasiones ella también viene y yo la abrazo, gentil, y ella me abraza, gentil, y nos besamos en la mejilla como dos Judas traidores que tan sólo esperan su oportunidad para apuñalarse. Pero ella no suele visitarme demasiado a menudo. Está ocupada, comenta mi hijo, que es lo mismo que decir que no le apetece. Soy demasiado vieja para su gusto, demasiado arrugada, huelo mal, a meados y ancianidad.

Yo llamo mucho a mi hijo por teléfono, para recordarle que venga el viernes y que me traiga una de esas cajas grandes con doce cartones de leche, que yo no puedo cargar con ellas; que necesito aceite, harina, verle. Él viene cada viernes, de cinco a seis y media, a la salida del trabajo y me sube el recado, obediente. Siempre fue un buen chico, mi hijo; el único problema es que no comprende.

Nos solemos quedar callados, los viernes, a la hora del café. Yo siempre tomo dos tazas. Él pospone la suya. El cenicero se va llenando de ceniza negra, mortecina, triste, como recuerdos. Aunque a veces hablamos. Le resumo yo mis dolores, mi ciática, mis nostalgias. Él asiente con la cabeza y hace como que bebe, pero luego deja la taza sobre el platillo manchado por dos goterones marrones de torrefacto y yo veo que sigue mediada. Lo que te pasa, mamá, es que no sales. No te relacionas. No juegas al dominó con las amigas, o al bridge, o a lo que quiera que jueguen tus amigas.

Luego se va, mi hijo, y yo le doy un beso en la mejilla y él otro a mí, al aire. Hasta luego, mamá, hasta el viernes que viene, que me estará esperando ya Mercedes. Yo le digo también que adiós, aun-

que omito lo del hasta el viernes. Él da media vuelta y yo cierro la puerta, pero le espío por la mirilla, delgado como está, esperando al ascensor que sube con un traqueteo profundo. Contemplo la escena deformada por el ojo de pez, que ensaya una lágrima, siempre ensaya una lágrima, como todos los ojos de pez; contemplo esa puerta metálica, verde, fría, que se abre y le engulle, como un pez, a mi hijo.

Mi hijo no comprende. Yo quemo cartuchos y vacío cartones de leche en el desagüe. Luego me quedo sentada en la mecedora, esperando que pasen los días, sin moverme aunque las moscas me recorran el brazo. Eso pienso, que no me moveré, aunque una mosca me recorra el brazo, o se me retuerzan las tripas. Si aguanto así mucho, volverá para verme, preocupado, tal vez el martes, o el domingo, para ir a misa de ocho. Hace veinte años que no vamos juntos a misa de ocho. No me muevo. Miro el teléfono y evoco el recuerdo de su número en la sierra.

Y me quedo así, muy quieta, como muerta, como dormida en mi mecedora. Como embalsamada. Como la madre de Norman Bates.

## Al olmo, peras

...Y al manzano, ciruelas, solía decir mi madre por las noches. Que quien no le busca (y le encuentra) cinco pies al gato, crudo lo va a llevar en esta vida que nos ha tocado en suerte vivir. Oye, y si no te gusta, échate al monte. A mi madre le encantaban los aforismos.

Bueno, los aforismos y el helado de trufa y chocolate y viajar a Perpignan a ver lo último de Marlon Brando y bailar, bien pegadita, merengue en las verbenas. Eso sí que se le daba bien, comentaba mi padre cuando ya me hice mayor. Nos salió rumbera la Maite. Mírala cómo se mueve, que se diría que tiene el baile de San Vito; mírala cómo nos viene hoy de minifalda, de niña bien... si es que disfruta provocando.

A las vecinas del pueblo, claro, todo aquello no les sentaba nada bien y aunque los vecinos, por el contrario, estaban encantados (vete tú a saber si lo uno no guardará relación con lo otro), ellas despotricaban a sus espaldas como sólo lo saben hacer cuatro viudas amargadas a la sombra de un nogal. Que si la Maite esto, que si la Maite aquello, que si qué hará la Maite que a las diez ya sale toda arreglada, que si así tendrá ella la casa... A nosotros las habladurías nos llegaban como a través de un tamiz muy fino y bien que nos reíamos en las comidas y las noches viejas a expensas de aquellas charlatanas y de los bulos que, día sí, día también, eran propagados por los siempre sedientos de rumores vientos del valle. “¿Sabéis lo que me ha dicho Herme que andan diciendo por ahí? Que me he echado un ligue en Navega y que viene por las mañanas y me hace la casa y el desayuno y me lo sirve en la cama cuando papá se va a trabajar”. Entonces mi padre soltaba una carcajada (así estaba de seguro del amor que le profesaba mi madre) y decía que eso iba a ser cosa de la Gertru, que siempre le han gustado las novelas de Corín Tellado.

La Gertru era una viejuca astrosa, artrítica y seca, espantapájaros para los niños (a los que perseguía bastón en alto) y espantajo para los mayores. Hacía ya dieciocho o diecinueve años que se le había muerto el marido pero ella iba aún toda enlutada por la calle, de cuello a talón, con cara de halcón y ojos de buitres que cuanto ripian, corrompen. Las malas lenguas, que para todo el mundo gastan saliva, afirmaban que en su vida la habían vuelto a ver sonreír desde que, allá por el treinta y siete, se despidió del por entonces su novio, Hernando, que se iba con los rojos. Y desde entonces, adiós novio,

adiós sonrisa; se quedó más seca que un palo y con las tres úlceras en serie del que más tarde fuera su marido (de la falange de los de “viva Franco y arribaspaña”) se cobró un amor, un soldado y todas sus penas y noches de llanto (que en su juventud, digo yo, también tendría).

A nosotros la Gertru, la verdad, nos la traía más bien floja. Sus idas y venidas, arriba y abajo del monte en que tenía el caserío daban más preocupación por una posible fractura de cadera, que pánico, y sus emponzoñados cuentos de vieja hastiada más movían a la risa que a la desesperación. A mí, mentiría si dijera lo contrario, sí que me daba algo de canguelo verla por ahí desfilando con la barra de pan en la bolsa de punto, pero es que yo era pequeño. Unas veces se me asemejaba a la bruja Piruja ésa del cuento, con cachava en lugar de escoba, y otras a la figura de la muerte, arrugada y jibosa. Cuando la veía procuraba bajar la vista, acelerar el paso y cambiar de acera, no me fuera a contagiar su vejez y su amargura.

En fin, supongo que nadie en realidad creía una palabra que saliera por su boca, aunque todo el mundo en realidad sí lo hiciera. Bulos tan extraños como el de la Merche, que, se decía, había asesinado por despecho a su marido al descubrirle en pleno affaire con una portuguesa y ocultado sus restos en el jardín para plantar luego encima unas petunias (hecho que se supo falso al regresar el difunto marido del viaje de negocios que se había visto obligado a emprender), prosperaban a pesar de llevar impresa en ellos la inequívoca rúbrica de la Gertru, a la que tanto le gustaban las novelas de Corín Tellado.

A mi madre, desde luego, se la tenía jurada. No había fiesta oficial, Todos los Santos, ni verbeña a la que ella no acudiera para ver a mi madre bailar merengue, sabrosa como ella sola, con mi padre que quedaba siempre eclipsado ante sus evoluciones salseras. Allí, en un aparte, hilvanaba ella, supongo, sus deducciones. Ha mirado a fulano, y mengano le ha sonreído y es que con los dos se habla, claro está. No hay más que ver cómo la vigila el marido. Éste lo sabe, pero como es un calzonazos... Ya sabemos todos quién lleva los pantalones en esa casa. Mírala. Mírala. Y ahora se vuelve, y me sonrío la muy... Pues por mí que no quede, la sonrío yo también. Ay, Maite, qué calada te tengo ya... Cómo de calada te tengo.

Al día siguiente, no fallaba, ya corría algún cuento por el pueblo. Ni el del estanco se libraba, que si a éste no le había visto mirarle era porque no se había fijado bien, seguro.

Al cabo del tiempo, se acabó muriendo la Gertru. Tras varios días en que no aparecía por el pueblo, unos guardia civiles la encontraron una mañana, tirada en el borde del camino que llevaba al caserío. Había helado las noches atrás y la mujeruca se habría caído y muerto de vieja, seca y frío. El entierro fue muy triste. Mi madre me llevó de la mano todo el camino hasta el cementerio, y ese día nadie la miró porque iba muy sobria y muy elegante con un dos piezas de color gris oscuro. Había mucha gente que lloraba, sobre todo viejas. Supongo que veían aquel recorrido como un anticipo de lo que les quedaba por recorrer y lloraban por eso, por lo que les quedaba, más que por lo que se iba.

Con su ausencia no llegó la calma. Hubo otras gertrus al relevo, siempre las hay, tanto o más eficaces que la original, pero el blanco de sus habladurías sí que cambió y el recuerdo de aquella vieja ave de presa se fue borrando lentamente de nuestras mentes, aunque a menudo, cuando visitamos la tumba de mis abuelos, me fijo al pasar por delante del nicho compartido de Gertrudis Ramírez Campos y Froilán Altillano Gutiérrez, que suele tener tres o cuatro claveles ajados y apergaminados y mucho polvo y verdín entre las letras. Me pregunto entonces dónde estará ese tal Hernando que tal vez nunca existiera y si se habrán reunido al otro lado del camino. Y a veces pienso si no se habrán cruzado en el más allá y pasado de largo, sin reconocerse.



## Último intento

Estás ahí, junto a los árboles del paseo. La mirada, alcohólica, perdida, quizá drogada, se clava en los transeúntes uno a uno, calibrando y midiendo. Buscando. Incitando.

Es de noche ya. La ciudad ha pintado sus labios de neón, diría un Sabina extraño y joven, y te besa en la frente, mientras esperas quién sabe qué, un hombre, un cliente, una Visa Electrón.

El parque te rodea como un alma doliente y verde mientras tú defiendes ése tu terreno, tus quince metros de acera frente la espaciada bahía donde horas atrás las últimas lanchas se abrazaron a sus oxidados norays.

Y yo... yo camino, soñador, esperanzado, hacia ti. Lentamente, saboreando, recorro con la vista las curvas que la farola siluetea en tu cuerpo. El corazón me noto en un puño, los puños cerrados como una boca fruncida, los labios resecos... Cruzo la calle desierta, sin coches. El aire apesta a salitre; las olas golpean contra los muros de la bahía y la luna, enfundada en un brumoso tul blanco, reluce en lo alto, cuajando la escena de un romanticismo surrealista y cruel. Sonrío. Joder, no debería sonreír.

Al verme, adelantas una pierna envuelta en vinilo y esbozas una mueca que en Saturno, no sé, podría pasar por sonrisa. Murmuras un precio y una pregunta, un ¿moreno?, un ¿te hace?, cualquier mierda de ésas.

Te cojo del brazo y nos alejamos del paseo. La niebla es reacia a abandonarnos y, mientras cruzamos la calle, juguetea falseando nuestros rasgos.

Vivo un poco más allá.

¿Por qué te hablo? ¿Qué puede importarte a ti dónde viva yo?. Tú ven. A lo tuyo. Sólo ven. Sigue mis huellas. Ya sabes, a tanto el paso y contigo, chato, al fin del mundo.

No, no, no... deja, no me hables. Así, entre las farolas de mi calle pareces un ser lícito. No, no, no rompas este silencio que te disfraza de respetabilidad. Aquí es, sí. Perdona el cristal roto, no es un buen barrio, qué te voy a contar. Pasa, sube. Espera, que yo te abro. Deja, deja. Tú primero. Ve quitándote la ropa; yo voy al baño.

En la calle se enseñoorea la bruma pero aquí, en mi habitación, la ventana está cerrada y tú te has ido. Tras el desenlace, todo ha mudado su esencia. Ni el aire es el mismo; pesa más. Pesa tanto que mis párpados se cierran, y en mi recuerdo y en mis ojos y tras mis ojos estás tú. Te ríes.

Como siempre, te has ido, como tantas otras lo hicieron antes, y ni fuerzas me quedan para lamentarme. Voy al baño. El agua está helada.

Ya en la bañera, me hago a la idea. Última oportunidad, fallida. En el estómago me arde una úlcera de rabia, un tumor de decepción; cáncer en los pulmones de humillación. Cierro los ojos. Hago recuento.

Dos mil duros menos en la cartera tengo, mira tú qué bien, pero no sé dónde llegaría si sumo gastos acumulados. A ti, ahora ausente, en cambio, la noche te salió ganga. Dinero por nada. Métetelo ahí y date gusto.

Me despido, aquí y ahora. Fin. Punto y aparte.

Adiós al romanticismo, a la noche nublada. Adiós a las lanchas remolonas que se contonean en la bahía. Adiós, adiós. Con todo ello se me fuga ahora el alma. Adiós último entreacto. Vaya, qué bien, adiós.

Adiós también a ti, que flotas ahí, submarino obsceno y ridículo cuyo placer ya nunca conoceré. Adiós sobre todo a ti, maldito, que ni poniéndotelo a huevo. Adiós a las cremas milagrosas y a los aparatos de succión, a las prótesis, al yoga, a la meditación. Qué sé yo...

Adiós a las mil mujeres que decoran las noches de los jardines, que guardan las barandillas con infames desfiles, izquierda–derecha–izquierda, y retoques en el carmín de labios cuando nadie mira. Adiós, que otros os zurzan, os llenen los bolsillos. Yo para eso no valgo. Demostrado queda, aquí y ahora.

Adiós.

## Nocturno

Copula con desidia, con un tedio heredado de la costumbre, de los años de repetición incansable que se han sucedido unos a otros. Hace ya tiempo que no consigue llegar al clímax si no piensa en otra –cualquier otra–, y ello no le parece triste, ni cruel tampoco. Le parece, no sé, natural.

La luz de la habitación no está encendida. Son dos peregrinos, dos oscuros peregrinos de alguna secta olvidada repitiendo antiguos rituales. En su cabeza aparece una idea, un recuerdo, un pensamiento: la luz antes siempre estaba encendida. ¿Sí?. Bueno, pero al principio era hermoso ver su rostro congestionado por el placer, observar su piel impregnada por el carmín de la creciente excitación y el estremecimiento salvaje del orgasmo. Ahora, en cambio... no, no, mejor oscuridad. Oscuridad para pensamientos oscuros. Es lo apropiado.

—Oh, te deseo... Dios... te deseo... –murmura ella con aquella voz que antaño tanto le gustara, mientras él la penetra una y otra vez.

Se acerca el momento. Ya ni esto tiene secretos que guardar. Piensa en otra –cualquier otra– y, aun a oscuras, cierra los ojos para dar más intensidad a ese pensamiento. Pronto se ve recompensado y el orgasmo, calculado, matemático, los sacude a ambos con precisión milimétrica.

Pasan los dos minutos de riguroso silencio. Los cuerpos, sudorosos, se han refugiado en las sábanas. Ahora, me hablará, piensa él. Y en efecto así sucede.

—Ha estado bien, ¿verdad?

Él intuye su sonrisa, esa sonrisa mil veces divisada desde la costa de sus labios. Esa sonrisa que lo cautivó hace años. Esa sonrisa que significa prisión, pena de muerte. No responde, sino que emite un gruñido ambiguo. Tanto puede ser un sí como un no. Ella parece tomárselo como un sí, pero con reservas.

—¿Me quieres?

No. No puede pensar. Debe contestar rápido. Es el tipo de pregunta que jamás se aparenta pensar.

—Claro.

—¿Y por qué nunca me lo dices?

Ahora sí. Piensa si quieres. Tómate tu tiempo y suéltalo. Ya sabes, una bola bien prensada. Vaya, hombre, nunca te han faltado agallas, ¿no?.

—Te... te lo digo a todas horas.

Ella parece meditar, a su vez. ¿Lo hará realmente, o sólo lo aparenta para lograr un efecto más profundo con su respuesta?. ¿Hasta que punto han llegado a ser iguales?.

—No es verdad. Hace un momento, haciendo el amor, no me lo has dicho siquiera una vez.

Haciendo el amor, manda cojones. En fin, cada uno se engaña con lo que tiene más a mano.

—Lo siento, cariño. Sabes que te quiero.

—Hmmm.

—Vamos, tengo sueño.

Pasan los minutos, uno a uno, y a él le parecen muchos, mil, tal vez un millón, pero al final la respiración que escucha se hace más suave y rítmica y ella se queda dormida. Él se levanta con cuidado de la cama, sin ruido y, guiándose por el mapa de la habitación que la costumbre talló en su cerebro, coge la cajetilla de tabaco de la mesa y se cubre con una ligera bata de seda.

Sale al balcón.

Apenas abre la puerta escucha el sonido de una bocina. Luego los camiones de la basura. Un avión despega en Indureta, lejos de allí, pero perfectamente audible.

Hace fresco. Son las cuatro y media. Las estrellas apenas se ven hoy, nublado como está. Se ajusta las solapas de la bata y, tras apretarse el nudo, da una calada al Winston y se acerca a la barandilla del balcón.

Es un piso caro. Se ve el mar y, si uno apura la vista y se esfuerza, incluso la achatada silueta de la isla de Tarena, un poco a la izquierda de la grúa del puerto. No hay demasiados coches en las calles, y los pocos que circulan parecen fichas de parchís desde el noveno piso. Fichas cuadradas, hay que joderse.

El cigarro se consume en sus dedos y al final quema. Mierda. Arroja la colilla hacia la calle y se sienta en una tumbona, en un margen del balcón.

Está sudando. Hacer el amor lo agota últimamente más que antes. Prende un nuevo cigarrillo y su sabor le raspa la garganta. Siempre le pasa igual con la primera calada.

—Lo que ocurre es que tú ya no la quieres, reconócelo —se dice a sí mismo, en voz tan baja que apenas sí llega a sus oídos. Aún así, se vuelve hacia la puerta del balcón, temiendo verla a ella frente a él, su terrible desnudez. No hay nadie, solo las cortinas que se revuelven lentamente, efecto de la pequeña brisa nocturna. Mejor cerrar la puerta, no le gusta ese leve movimiento, parece algo furtivo.

Se levanta y desliza la puerta por sus guías, en silencio, dejando tan sólo un resquicio por el que introducir los dedos cuando decida entrar de nuevo. Después, regresa a la hamaca.

—Si la quisieras no se te ocurriría pensar en lo que estás pensando —termina ahora que ya no le molesta el vaivén de las cortinas.

Deja caer su cabeza sobre el nailon y se tapa los ojos con la mano izquierda. En la derecha, laxa más allá del reposa brazos, sostiene el Winston, mediado ya.

¿Por qué le entran ganas de llorar a estas alturas?. Superado de sobra, debería tenerlo ya. Era mayorcito, ¿no?.

—Eres mayorcito, ¿no?. Pues entonces, hombre —murmura en tono decidido—. Ya sabes lo que hay que hacer.

Otra calada. Echa el humo por la nariz, por la boca, y otra vez por la nariz; abajo, arriba, abajo. Al respirar, un último jirón de humo se escapa entre los labios; nunca ha sido capaz de echarlo todo por las fosas nasales, por más que se esfuerce. Misterios de Tabacalera, Sociedad Anónima.

Se vuelve de nuevo. Le ha parecido oír algo, pero sólo eran imaginaciones. La puerta sigue cerrada y las cortinas quietas. Ella aún dormirá dentro, arropada por Dios sabe qué mierda de sueños. Mucho algodón, mucha miel y todo eso. Jesús, qué hartó está ya.

—Hasta los cojones, chaval... umfff... hasta, los, cojones —murmura enarcando mucho las cejas y reforzando cada palabra con un gesto de la mano en que sostiene el cigarrillo. Parece Jack Nicholson en cualquier película que haga de loco, la del hotel o la del cuco. Cualquiera. Con más pelo.

Inquieto, se levanta de nuevo. La hamaca gruñe, ¿te decides ya?, o algo parecido. Vuelve a la barandilla y arroja de nuevo la colilla a la calle. Se asoma y la ve caer dando vueltecitas hasta el capó de un coche blanco. ¿No es increíble?, incluso desde esa altura oye el ruidito que hace al golpearlo. Muy tenue, pero audible. Un “chac” muy poderoso, por lo débil, por lo invariable, ya sabes: no hay quien pueda con la gravedad.

¿Otro Winston?. No. Pasa. Dos, ya vale.

Guarda el tabaco en el bolsillo de la bata y, casi instantáneamente, siente que necesita un pitillo más que ninguna otra cosa en el mundo. Se le ha acelerado el corazón de golpe, como una Harley a tope de gas. Necesita nicotina por vía intravenosa, ya. Haciendo una mueca, saca la cajetilla. Joder, sólo quedan tres. Enciende uno. Ya ni siquiera le raspa, tan nervioso está. El encendedor, dentro de la cajetilla; la cajetilla, al bolsillo. El humo recorre la boca, la garganta, la tráquea, los bronquios, los bronquiolos y tal, y luego vuelve otra vez a la boca. Por medio deja montones de mierda microscópica pero le importa un pimiento.

Sólo le importa la noche, y descubrir por qué hay tanto ruido. Se oyen todavía los camiones de la basura (allá los ve, al fondo; pronto doblarán la esquina) y un rumor generalizado, producido por solo Dios sabe cuántos equipos de aire acondicionado funcionando al mismo tiempo en la ciudad. Incluso se pueden oír algunos graznidos de gaviotas en el muelle. No debería haber tanto alboroto. ¿No decían que en la noche era todo silencio?

—¿Cómo esperan que piense con tanto ruido?. Y, ¿desde cuándo las gaviotas graznan durante la noche?

Incluso hay otro sonido. Uno que, en cuanto es advertido, provoca una sonrisa desviada a la derecha en su rostro. Son ronquidos, suaves, muy femeninos, muy dulces y eso. Si en el cine se mostraran ronquidos en plan romántico, serían así. Pero siguen siendo ronquidos. Atraviesan las cortinas y la puerta casi cerrada del todo y llegan hasta el balcón.

—Jooooo... der, lo que me faltaba.

La aborrece.

—La odio.

La odia.

—Con todo mi alma, macho. O sea, si existe alma y todo eso. Bah... No sé.

Se hace el silencio. Los camiones desaparecieron ya y no suenan más bocinas. Las gaviotas quizá se hayan dormido. Quizá se hayan muerto. Da igual. Y ella... tal vez se haya muerto también.

—C'est la vie... C'est la mort —murmura sonriente, recordando una vieja canción, pero no es una buena sonrisa. No es sana.

Sólo se siente ya el eterno rumor de los aparatos de aire acondicionado, pero es tan grave, tan continuo, que su percepción se diluye con el tiempo.

La noche es profunda como el mar, e incluso más densa: se hunde en él. Se ve allí, al fondo, en la bahía. La oscuridad se baña en la playa y al amanecer se seca en la arena. No deja huellas, y, sin embargo, es tan pesada...



¿Qué te pasa?. ¿Qué le pasa?. ¿Qué me pasa?.

Se ha quedado en blanco durante casi un minuto pensando en tonterías, mirando a las musarañas. Ya no hay brisa. Deben de ser las cinco menos cuarto, o así. En el cigarro, la ceniza supera en tamaño al filtro. Lo sacude y da una calada. Se ha apagado. Lo tira por el balcón. Chac.

Vuelta a la hamaca.

—Qué me pasa, joder –masculla, pero la hamaca no le responde, sólo protesta cuando se tumba en ella– Vamos dentro. Diablos, hombre, nunca te han faltado agallas, ¿no?.

Se levanta de la hamaca. La puerta apenas hace ruido al deslizarse por sus guías. Entra. La cierra tras de sí. Un poco de luz entra del balcón, muy poco.

Ella está durmiendo. Ha debido de cambiar de postura porque ya no ronca. No está mal. Rubia, delgada y tonta. Buena en la cama. Pésima cocinera, pero, ¿a quién le importa?. Tiene el pelo abierto en abanico sobre la almohada. Antes solía gustarle eso; solía susurrar en su oído que era una cortina de oro y cosas así. Hay que ver las chorradas que se dicen cuando se está enamorado.

—Manda huevos...

Respira con suavidad. Su silueta se perfila en las sábanas como en el cartel de esa película, La Pasión Turca, pero el tema está demasiado trillado para resultar siquiera mínimamente sensual.

Se encamina hasta la silla, al otro lado de la cama y comienza a vestirse lentamente, en silencio. Quiere estar vestido cuando hable con ella. Enfundar sus palabras en respetabilidad. Se introduce subrepticamente en los pantalones, y se los abrocha por debajo de la bata. Fuera la bata. Se pone la camisa. Cuando comienza a abotonar la mitad superior, ella se despierta.

—¿Juan...?

Mierda. Quisiera poder abotonarse la camisa con más rapidez, pero con la poca luz no distingue los botones y tiene que confiar en su tacto y en la buena suerte.

Un chasquido y la lamparilla de noche se enciende. Fantástico, tiene los faldones de la camisa desiguales. Empezó por el botón equivocado, como cuando era crío.

—¿Juan...?

Juan se vuelve despacio. Ella lo mira desde la cama, apoyada en el codo derecho. La sábana ha caído parcialmente, y los pechos, pequeños, aún jóvenes, se mueven al ritmo de su respiración.

—Tenemos que hablar, Ana.

Las palabras, ahora que consigue desprenderse de ellas, lo hieren una a una. Le perforan, le aran el alma como podría hacerlo un clavo oxidado. Todo el valor desaparece. La lámpara vomita una luz amarillenta y vieja sobre las paredes. Joder, cómo le apetece un pitillo.

—Sí... –murmura ella, contemplándole desde sus ojos marrones y vulgares. De repente le parece que se han endurecido. ¿Cuándo lo han hecho?. No lo sabe, pero ahora parecen piedras, frío granito. Se clavan en él, en su camisa desigual– Tenemos que hablar.

Quítate, quítate el muerto de encima. Aplázalo. Deja que hable ella. Apártate.

—Adelante, tú primero –replica sonriendo. Ésta tampoco es una buena sonrisa. Tal vez lo fuera si no le temblaran tanto los labios.

Ana lo mira despacio. Piensa. Tal vez piense. Tal vez llegue incluso a eso. Después se incorpora en la cama y se cubre con la sábana. Mal síntoma. Nunca se ha cubierto delante suyo, hasta ahora.

—Se acabó, Juan. Es mejor que acabes de vestirte y te vayas.

Claro que no lo ha oído. No, no lo ha oído.

—¿Cómo...?

—Me has oído —Dios, cómo brilla el granito de sus ojos.

—Sí, claro... joder, pero... —no acierta a continuar. Se siente ridículo, allí, medio vestido, mal vestido, con la camisa abierta de medio abajo. ¿Qué iba a decirle él?. ¿Qué pensaba, qué decía allá afuera, en el balcón?.

No, no entiende. No puede entender.

—No te entiendo, Ana.

Ana se ríe. Es una risa seca, de una sola carcajada. Casi podría ser un hipo aislado.

Juan se viene abajo. La habitación se le echa encima. ¿De repente hace frío?.

—¿No ves que ya no te quiero, Juan?.

—Pero si antes...

—Mentí —le interrumpe ella.

—Cuánto...

—Mucho, casi todo —vuelve a interrumpirle.

Juan se deja caer hacia delante, hacia las rodillas. Las manos le tapan la cara. A lo mejor así no llora. ¿Qué es esto, el mundo al revés?. Ella, es ella quien debería estar llorando.

—Vete.

—...

—Que te vayas de mi casa.

Tras quince largos segundos, él consigue replicar. Su voz es la de un niño reprendido, ahogada y grave.

—¿Amigos...?. Por lo menos...

Otra vez esa risa seca de una sola voz. Joder, cómo se le mete por los oídos. Cuando responde lo hace con un tono insoportablemente dulce, temible por lo paternal.

—No fastidies, Juan.

Vete, vete, vete, vete, vete, chilla una voz dentro de su mente. Lleva pensando bastante tiempo en ello, ¿por qué no se va, entonces?.

—¿Mis cosas...?.

—Mañana.

—Por Dios, Ana, son las cinco de la madrugada.

—¿Y...?.

Y nada. Está muy claro. Se levanta poco a poco de la cama y se pone la chaqueta encima de la camisa mal abotonada. La corbata la guarda en el bolsillo del pañuelo. Los zapatos en los pies, sin calcetines.

No. No mirará atrás. Consiguió lo que quería. ¿Qué importa por mano de quién?. Ahora, fuera. Sin mirar atrás. Que mire ella. ¿Mirará ella?. Le parece que no, y eso que siente los comunes agujonazos en la nuca.

Sale de la habitación. Avanza por el pasillo. Bueno, bueno, mañana todo será mejor. Se dará cuenta de que al fin se desprendió de ella. Ahora le duele, sí, es natural, digo yo. Que lo dejen a uno, que lo echen, duele. Llega al recibidor. Abre la puerta de la escalera y sale del piso. No cerrará de un portazo. No le dará esa satisfacción. Lentamente, tira del pomo hacia él. Le duele, joder, cómo le duele, tirar de ese pomo. Finalmente, la puerta se cierra y el sonido del pestillo, un choc enorme en el silencio de la escalera, lo confirma.

En la habitación hay una pequeña corriente de aire. Juan ha debido de cerrar mal la puerta corredera. Ana se levanta lentamente de la cama y aparta con el pie la bata tirada en el suelo. Se enfunda

en la suya y camina hacia el balcón. Nunca le gustó esa puerta de cristal. Demasiado fina. En invierno el frío entra con facilidad, y apenas aísla el interior de los ruidos de la calle.

Una vez en el balcón, como hiciera Juan minutos antes, se asoma a la barandilla y mira hacia abajo: nueve pisos, nueve hileras de ventanas. Abajo los coches, pequeños como fichas de dominó. Fichas de dominó de colores, manda narices.

Se balancea mientras contempla el abismo. Al poco la puerta del portal se abre y aparece una figura. Es Juan. La figura avanza por la calle hasta el Córdoba rojo aparcado unos metros más abajo. Antes de llegar, se vuelve, y mira hacia arriba. Sus miradas se cruzan. Sus ojos se clavan en la distancia, sin unión, durante un tiempo que se extiende como una sábana blanca y fría, interminable. Dos extraños.

—Vamos, vete, vete —murmura Ana mientras siente un vacío enorme en el estómago, en los pulmones, en esa bomba sin sentimientos que llaman corazón—. Lárgate ya, por favor.

Juan desvía la mirada y sigue andando, despacio, como un borracho. El coche hace un agudo ¡Cuic! al abrirlo con el mando a distancia. Dos maniobras, y el Seat desaparece al fondo de la calle.

Qué frío, qué frío hace. Qué frío siente. Ana se cruza de brazos con fuerza, abrazando sus propios costados. No entiende como ha aguantado Juan tanto tiempo ahí fuera, hablando consigo mismo.

La calle está desierta. Una ligera brisa se levanta y despierta olas en los bajos de su bata. Al contacto con su rostro, el aire produce un helado cosquilleo allí donde las lágrimas se deslizan, en silencio. Ana se estremece. ¿Qué hacer ahora?. ¿A qué asirse?.

—No sé —murmura, contemplando los reflejos oscuros del mar a lo lejos, más allá de las antenas que sobresalen de los edificios menos altos— No lo sé... Siempre adelante, supongo —y suspira.

Un suave mareo, para nada desagradable, la invade. Un pequeñísimo momento de turbación, de pérdida. Es tan pequeña. Tan diminuta.

Como cuando era niña, Ana se inclina hacia el balcón y flirtea unos segundos con el abismo. Junta saliva y escupe al vacío un denso esputo. Que se vaya con él también ese sabor de boca. Dando vueltas y más vueltas, recorre los nueve pisos hasta el coche blanco que está aparcado allá abajo, frente al portal. Cuando, finalmente, impacta en su techo, produce un curioso sonido, un chac líquido y ahogado, pero Ana no puede oírlo.

Hace frío y ella ya no está en el balcón.

## Maratón

Puedo escribirte, ¿verdad? Contarte algo, quiero decir. Ya sé que no me conoces, ya sé que no te importo lo más mínimo y que tanto da que me atropelle un autobús, por lo que a ti respecta. Oh, no me engaño pensando que soy alguien importante. En este país nadie lo es a menos que aparezca en el *Hola* o el *Diez Minutos*, pero quizá eso sea útil, al fin y al cabo. Quién sabe, a lo mejor de este modo me prestas más atención, porque, escucha, esto no lo leerás en la prensa ni lo verás en los telediarios de la tarde. Tampoco en el de la 2.

La cuestión, amigo, es que hoy me he levantado y ha sido algo fantástico. De la silla, quiero decir que me he levantado de la silla, y eso es increíble porque los médicos aseguraban que antes caminarían las culebras calzadas en zapatos con tacón de aguja. Bueno, no es que haya sido una revelación, no es que se me haya aparecido la Virgen María en el televisor y me haya dicho: “Ale, ale, Alejandro, levántate y anda. No soy como mi Hijo en estas lides, pero me parece que puedo obrar un pequeño milagro por ti. Cosa de nada. Entre amiguetes, ya se sabe...”. No, nada de eso. El asunto se veía venir, supongo, desde casi un año atrás, sólo que era como una interminable maratón sobre cristales rotos que uno empieza pero no sabe cuándo ni en qué estado, acabará, o siquiera si en última instancia logrará cruzar la línea de meta. Cien veces, mil, un millón tal vez, estuve tentado de arrojar la toalla y mandarlo todo a la mierda, ya sabes a qué me refiero. ¿Que si fue duro? Sí. ¿Agotador? Por supuesto. ¿Doloroso? No os haceis idea. Te lo aseguro. Ni idea.

Cuando la máxima experiencia dolorosa se restringe a una jaqueca o un corte en el pulgar con el cuchillo de pelar patatas, es imposible siquiera acercarse al mar de dolor por el que navegué, siempre haciendo agua, siempre a un borde del colapso, del mismo modo que un campesino es incapaz de aprehender la noción del océano como extrapolación de los arroyuelos que haya podido contemplar en sus montañas. El dolor, amigo mío, es sólido, eso lo sé yo; tiene volumen, densidad, masa. En determinadas ocasiones, el dolor puede llenar mundos, colmar estrellas y, con la fuerza de su propia gravedad, crear agujeros negros en los que disolverse. Sin embargo, había momentos en que el dolor parecía tomarse un pequeño descanso y yo bendecía a Dios porque las piernas, aquellas piernas que parecían palotes retorcidos dibujados por un párvulo, sólo dolían de tal modo que me creía al borde de la muer-

te. Sí, entonces daba gracias al Cielo por ello, porque eran grandes momentos, porque cuando el sufrimiento remitía hasta tal punto lograba olvidar que horas antes, a veces tan sólo minutos antes, había deseado estar realmente muerto para descansar por fin en el Paraíso, en el Infierno, o en la nula existencia.

No, supongo que no lo entenderías, pero lo intentaré de todos modos.

Imagina por un momento que un cirujano perverso te abre las piernas en canal, sin anestesia, con un bisturí mellado cubierto de una gruesa capa de óxido, e introduce virutas de acero y finísimos cristales rotos en las articulaciones, en las rodillas, en los tobillos, y que, una vez concluida la operación, cose los tejidos de nuevo con hilos tensos como cuerdas de guitarra; imagina ahora que te obliga a caminar, a hacer flexiones, que te patean las pantorrillas, que te golpea en los muslos con un palo de golf; imagínalo todo, y cuando lo logres, sólo entonces, tendrás una ligera aproximación de lo que era el dolor en sus buenos momentos.

Pero esta mañana me he levantado, y lo he hecho sin ayuda. Verás. Primero caracoleé desde la cama hasta la silla, con sumo cuidado de no golpearme las piernas en el proceso. Recuerdo que al principio me llevaba casi diez minutos toda la operación: apartar las sábanas y tirar de la silla, siempre al alcance de la mano, hasta el borde de la cama, incorporarme sobre la cintura y, haciendo fuerza con los antebrazos, saltar hasta el asiento de plástico. Naturalmente, eso era antes de las operaciones, los injertos y lo que quiera que todos aquellos perversos cirujanos (no demasiado diferentes de aquél imaginario del que te hablé) hicieran para reconstruir, mal que bien, lo que quedaba de mi espina dorsal. Por entonces las piernas eran sólo ramas secas que no importaba si llegaran a desprenderse del árbol, pero después... Dios, después cada movimiento despertaba oleadas ardientes de dolor que trepaban por los muslos y me apretaban las pelotas como un amante psicópata, abriendo sangrientas amapolas de agonia en mi cerebro. Cuando esto sucedía, tenía suerte si completaba la simple operación de levantarme de la cama en menos de veinte minutos.

Hoy apenas tardé cinco, pero el hecho ni siquiera me sorprendió. De unos meses hacia acá, bato mis plusmarcas personales con increíble facilidad (tal vez la mente acabe por acostumbrándose al dolor, o tal vez éste había ido desapareciendo paulatinamente hasta quedar convertido en un simple fantasma, lechoso y lejano) y ya me tomo el asunto como algo natural, dentro del perfecto orden de la naturaleza. Una vez en la silla comencé mi ritual matutino de ejercicios. Llamé mentalmente al pulgar del pie derecho y me asomé para ver cómo me contestaba alzándose. Luego el izquierdo. Pensé primero en zanahorias, evoqué mentalmente su color, su textura, su sabor. Bugs Bunny apareció entonces en escena y cuando comenzó a decir “eeeh... ¿qué hay de nuevo, Doc?”, envié la orden, fugaz, instantánea, hacia el dedo, y éste se movió, como impulsado por un resorte oculto.

Sonreí, al recordar el truco mental que el doctor Carbonell me había sugerido un año atrás.

—La espina dorsal no fue la única parte de tu cuerpo que resultó dañada en el accidente, Alejandro —me dijo en su consulta—. La lesión cerebral fue también de consideración, y parece haber algunas conexiones sueltas por ahí. Nosotros podemos reconstruir parcialmente la espina, pero me temo que no podemos entrar en tu cabeza y hacer los empalmes que necesitas. Tendrás que hacerlos tú mismo.

“En este aspecto, y en muchos otros, la neurocirugía es una ciencia en pañales. Me temo que lo que desconocemos de la mente humana excede con creces lo que conocemos sobre ella, pero tenemos algunas ideas. Sabemos, por ejemplo, que el hemisferio derecho controla la parte izquierda del cuerpo, además de encargarse de ciertas tareas «rutinarias», como la intuición, la imaginación y la creatividad,



y es precisamente éste hemisferio el que más sufrió en el impacto. Afortunadamente no nos vimos precisados a extirpar parte de él, pero aún así... Bien, apostaría a que hay cosas que antes podías hacer con toda facilidad y que ahora eres incapaz. Cosas como guiñar el ojo derecho, o hacer el símbolo de vulcano con el que saludaba Spock con la mano diestra. Tal vez no lo hayas advertido aún, pero lo notarás en el futuro. Sólo quiero que no te asustes. Son simplemente circuitos a los que se les ha fundido los plomos en el accidente, aunque, por suerte, se trata tan sólo de circuitos secundarios.

“Existen trucos para sortear esas vías muertas y dar, digamos, un pequeño rodeo. Al principio te costará, a todo el mundo le sucede igual, y te llevará tiempo, pero acabarás acostumbrándote, y aprenderás a usar esos caminos de tercer orden de un modo inconsciente, sin apenas un retraso perceptible”.

Y así ha sido. La cadena de imágenes por la que había de pasar mi pensamiento antes de llegar a la orden de mover el dedo gordo del pie derecho se produjo en apenas una décima de segundo (pero una décima de segundo perceptible, gigantesca, una décima de segundo por la que, probablemente, jamás me permitan volver a conducir). Una vez concluido este somero examen, giré la silla para alcanzar la correa de la persiana de mi cuarto y dejar que la luz del día inundara la habitación.

Supongo que no te acordarás del pasado tres de marzo, ¿verdad? En tal caso deja que yo te lo recuerde. Después de unas jornadas veraniegas en las que lucía un sol agotador, el siempre voluble clima de esta región decidió regresar a la rutina de la lluvia y el viento. Ya sabes, “marzo lluvioso y abril ventoso...” En fin, no es que yo sea una de esas personas depresivas, aunque Dios sabe que motivos para ello me sobran, pero la idea de toda esa lluvia cayendo despacio, con infinita paciencia, me exasperaba. No se trataba tanto del color grisáceo del cielo, ni de las calles muertas, ni de un asunto (supongo) endocrinológico, como de la idea de tener que rodear el edificio con aquella lluvia (no he conseguido encontrar aún un paraguas de tamaño especial para minusválidos, ¿entiendes?) hasta el coche aparcado tres manzanas más allá. Naturalmente, Elena, como siempre, me ayudaría, y también como siempre, sería en balde. Bueno, diablos, es lo que tiene estar en una silla de ruedas, ¿no?

De pronto, me vino una imagen a la mente (no, no la del conejo mordisqueando su zanahoria y preguntándose si habría hecho bien girando a la izquierda –¿o era a la derecha?– en Albuquerque). Se trataba de Ana Gutiérrez, mi enfermera de rehabilitación. Imagino que debo contarte algo sobre ella, puesto que es la principal artífice de mi hazaña personal. Imagínate un bloque de mármol, frío como una tumba, que un infame aprendiz de Botero hubiera dejado sin terminar, y elimínale después toda curva suave, toda redondez superflua. Añádele ahora dos ojos de obsidiana, una mandíbula de granito y una mata de cabello como de esparto. Bien, ¿lo has conseguido? Pues, enhorabuena, estás contemplando a Ana Gutiérrez, “mi Torquemada querida”, como me gusta llamarla, aunque el mote no sea el apropiado, claro que no. En mi interior sé perfectamente de quién se trata: es Annie Wilkes, mi Annie Wilkes particular, pero me temo que a la buena de Ana (es un suponer) el nombre no le diría nada en absoluto, de modo que me limito a llamarla “mi Torquemada querida”. Cuando lo hago (generalmente movido por la frustración, el dolor y el deseo de venganza, en partes iguales), en su gesto se forma una sonrisa despiadada y, acto seguido, me empuja de nuevo con sus más de ochenta kilos de fuerza bruta y voluntad inquebrantable hasta las barras paralelas para que recorra los tres metros de calvario hasta mi silla de ruedas.

—¡Venga, mamoncete! ¡Échale huevos! ¡Échale un par!

Y pobre de mí, ay, pobre de mí si me rindo antes de llegar.

Y ésa fue la imagen que se me vino a la mente: esa inmensa mole de piedra y obsidiana sin sentimientos. El caso es que supongo que Ana tendrá un marido (lleva una alianza en su mano derecha, y,

cuando no está gritándome, apremiándome a seguir, tocándome las pelotas, vaya, juguetea con ella con la mirada perdida), aunque no atino a comprender qué clase de hombre podría enamorarse jamás de una mujer así. Pensar en sus tórridas noches de pasión me produce escalofríos.

Naturalmente, la escena pintada en mi mente, un adelanto de lo que vendría más tarde, no fue agradable en absoluto. Cuatro horas de rehabilitación por la mañana, de diez a dos de la tarde, una hora y media para comer, y luego otras cuatro horas más, de tres y media a siete y media, peleándome con las putas barras paralelas hasta que los triceps parecen desear salirse de los brazos para enroscarse sobre sí mismos, como si se tratara de muelles estirados más allá del punto de ruptura. Treinta mil segundos de calambres, de dolores en las piernas que nadie, salvo quizá quien padezca un caso grave de artritis, es capaz de comprender. Ocho horas de churretones de sudor correteando por la frente, empapando la camiseta que, gentilmente, me presta el hospital. Horas que parecen días, maldita sea.

Quizá fuera esa imagen lo que me hizo levantarme de la silla, aunque tal vez no. Decídelo tú mismo, amigo. Puede que se tratara de la simple y vieja testarudez que siempre me acompañó, desde el colegio, y que me llevó a sacar adelante una carrera universitaria contra todo pronóstico. El accidente podía haber lesionado el hemisferio derecho del cerebro, el creativo, el imaginativo, el encargado de producir estremecedores cabriolas de intuición, había dicho el doctor Carbonell. Bueno, tampoco se pierde nada, aseguro yo. Bien sabe Dios que nunca fui un tipo brillante. Trabajador, sí. Constante, también. Pero, ¿brillante?, ¿intuitivo?, ¿imaginativo? Diablos, no. No hay faceta de mi vida que no haya sido esculpida a golpe de sudor y trabajo duro, amigo. Tengo una esposa encantadora, cuya relación me costó tanto esfuerzo comenzar como el que, supongo, me requeriría ahora mismo escalar el Everest. Tengo (corrección, tenía) un coche que nos costó, a Elena, a mí, tres años sin vacaciones. Y tengo un piso cuya hipoteca terminaré de pagar cuando nuestro hijo acceda a la universidad.

De modo que a lo mejor (a lo mejor) sólo se tratara de eso, de mi vieja amiga la cabezonería, pero lo más probable es que fuera el resultado de la mixtura de ambas cosas: testarudez y terror puro a la rehabilitación. En cualquier caso, apreté los dientes, entrecerré con fuerza los párpados, apoyé mis manos en los costados de la silla y me impulsé con energía hacia arriba, hacia el cielo, amigo, hacia el futuro, hacia lo innombrable.

Siempre había tenido a alguien delante cuando me levantaba de la silla, hasta esta mañana. El problema, verás, es el dolor. Oh, no sabes cómo duele. He adelgazado casi quince kilos desde el accidente, pero aún así, los sesenta restantes son excesivos para esos retorcidos trancos que tengo por piernas. Cuando me levanto, invariablemente, caigo hacia delante; es algo que no puedo evitar, como un bebé no puede evitar hacerse sus necesidades encima, sólo que no es cuestión de esfínteres, sino de tendones débiles y cuádriceps raquíticos que la rehabilitación aún no ha logrado fortalecer lo suficiente. Caigo hacia delante, contra los poderosos brazos de mi Torquemada querida, o caigo hacia delante contra mi querida Elena, pero caigo.

No pensé en ello esta mañana, sino que me lancé de cabeza al destino, banzai, mientras la lluvia golpeaba el cristal de la habitación de mi hijo (desde el accidente no he podido dormir en la cama con mi mujer; cualquier roce en las piernas producido por un cambio suyo de posición me habría hecho proferir un grito capaz de despertar a todo el vecindario), me lancé como un suicida desde las torres Kio, me lancé y el viento que agitaba las hojas de los árboles en la calle me susurraba palabras de aliento al oído.

Me mantuve en pie, mareado, dolorido, extasiado, contemplando el mundo cerrado, contenido en sí mismo, de la habitación (más allá, monstruos, dirían los antiguos cartógrafos) desde una nueva

perspectiva, el punto de vista de un adulto, admirando los nuevos matices que me brindaban las alturas. La parte superior de la segunda balda de la pared de enfrente, por ejemplo. Y, loco de alegría, muerto de miedo, advertí que no dolía. Que no dolía tanto, al menos. Que la sensación era tan deliciosa, tan luminosa, tan vivificante, que de algún modo eclipsaba cualquier dolor que pudiera sentir. Volví la cabeza y contemplé desde las alturas la silla de ruedas cuyas marcas y arañazos estaban por toda la casa, en los marcos de cada puerta, en los laterales del armario, en las patas de la mesa del salón. La vi y sonreí al pensar que pronto no la necesitaría para nada, y serviría sólo de juguete para mi hijo, o para criar polvo en el altillo del garaje.

Llamé, llamé a gritos a Elena, ¿qué otra cosa podía hacer? Y lo hice tan alto que, más tarde, respirar me arañaba la garganta. Al poco apareció, asustada, blanca como una paloma, y se tambaleó al verme, sonriente, en pijama, despeinado, enfebrecido de pura alegría, pero, sobre todo, de pie. Se apoyó en el marco de la puerta y esperó un segundo antes de llevarse las manos a la boca, y reír, y romper a llorar, y correr hacia mí, y abrazarme, y llenarme el rostro de besos y lágrimas. La abracé yo a mi vez, y sentí la turgencia de sus senos bajo el pijama y, oh, amigo, el principio de una erección allá abajo, en las tierras baldías del dolor y la desesperación, me colmó de sorpresa y voluptuosidad y entonces, sólo entonces, advertí que llevaba casi un año sin hacer el amor con mi esposa y que la amaba, que la amaba tercamente, hasta lo indecible.

Los segundos pasaron despacio, tan lentamente que podían multiplicarse por mil. Segundos densos, de felicidad concentrada, acariciando el cuello de mi esposa, redescubriendo el perfume de su cabello, disfrutando de aquella sensualidad naciente y palpitante, inservible de momento (y quién sabe hasta cuándo), pero viva.

Pasaron los segundos, y el dolor volvió a mí, y yo a mi silla. Fuimos al hospital, y, al relatarle lo sucedido, mi Torquemada querida frunció el ceño, me reprendió duramente por hacer experimentos por mi cuenta, y luego sonrió de un modo tal que atisé a la mujer que se escondía bajo aquella masa de grasa y músculo, una mujer a veces dulce, a veces austera, pero siempre constante, dedicada, trabajadora. Un alma afín.

Las ocho horas de tormento concluyeron, fugaces como nunca y me encontré de nuevo en casa. No quise cenar. No quise decir nada. Me vine a la cama.

Y ahora resulta que no puedo dormir. No dejo de darle vueltas a lo sucedido. Mi mente se obceca en rememorar lo sucedido y ardo en deseos de acariciar a mi mujer, de introducirme en su sexo cálido y yacer a su lado, desnudo, extenuado, a la luz de una estufa, como hacíamos de recién casados. Sonreír y hablar de tonterías, y saber que, si me apetece, puedo levantarme e ir hasta la nevera para beber una cerveza fresca.

Verás, recuerdo haberte dicho que el asunto de la recuperación es como una maratón sobre vidrios rotos, y el problema ahora es que veo la meta, veo la cinta roja allá a lo lejos, envuelta por la bruma, y a ambos lados, mi mujer y mi hijo me apremian. Y el caso es que tengo miedo, un miedo horrible a caminar durante años, paso tras paso, dolor tras dolor, sin advertir un acercamiento positivo. Supongo que es miedo al fracaso, a encontrarme tan cerca que el error sea imperdonable. Supongo, no lo sé, amigo, dímelo tú, que ardo de impaciencia e inseguridad.

Pero lo haré. Llegaré. A golpe de tozudez, como he llegado a todas partes en esta perra vida. Aunque tenga que dejarme la piel. Sí, sé que podré lograrlo.

Maldita sea, puedo hacerlo.

Hoy he leído la sarta de tonterías que escribí cinco meses atrás, y me pregunto a quién demonios puede interesarle. No sé si existirá ese amigo al que le escribí esta supuesta carta, la crónica de un rayo de luz que se abre camino entre las tinieblas.

Bien, como he dicho, lo ignoro. Pero por si se diera el caso de que tal persona existiese realmente, me veo en la necesidad de aclararle un par de puntos.

Primero: Ese tipo tal vez se pregunte por qué quedé en el estado en que quedé. Muy bien, puedo decírselo. Al fin y al cabo la imagen me viene a la mente noche sí, noche no, en mis pesadillas. Si esto fuera una novela, amigo mío, te diría que iba borracho como una cuba y me estampé contra el pilar de un paso elevado en la autopista, o podría endosarte el cuento de que era el otro conductor quien conducía ebrio y decidió que yo era un buen modo de salir en los periódicos. Pero no. Lo siento, amigo, esto no es una novela, es la vida real, y en la vida real a menudo las cosas pasan porque sí. En mi caso te diré que unos amortiguadores en mal estado, un firme excesivamente irregular, una curva mal peraltada y un día lluvioso que convirtió la carretera en un lodazal obraron el milagro. Ponle tú el romanticismo que quieras, o sácale la moralina apropiada. A mí, como comprenderás, se me quitaron las ganas.

Segundo: Sigo en la maldita rehabilitación, y mi querida Ana ha vuelto a convertirse en mi Torquemada querida. Parece que el hecho de que lograra ponerme en pie yo solito le ha hecho creer que soy capaz de presentarme a los próximos juegos olímpicos, y la muy bruja se está empleando a fondo para hacerme ganar un par de medallas de oro.

Y tercero: Hace un día precioso. Allá afuera brilla el sol, amigo, los parterres de los parques están llenos de flores y excrementos caninos y niños que juegan a las canicas, así que no esperes que me quede aquí todo el día contándote mis penas. Además, tú ni siquiera existes.

Mira, estamos en agosto, hace sol y el termómetro del balcón marca la confortable temperatura de dieciocho grados. ¿Sabes lo que voy a hacer? Creo que me pondré mi vieja camisa de cuadros y cogeré el bastón. Hace un buen día, y el doctor Carbonell (secundado por su esbirra, la buena de Annie Wilkes) me ha recomendado andar uno o dos kilómetros diarios. Bien sabe él que a partir de los doscientos metros siento que las piernas se convierten en quebradizo cristal y amenazan con hacerse añicos si doy un solo paso más, pero, aún así, uno o dos kilómetros diarios.

De modo que me voy. Aquí dejo la carta, léela o tírala, a mí, francamente, no es que me importe demasiado. Resulta que tengo un paseo que dar, una esposa a la que amar y una vida que rehacer.

## Fight!

El sol estaba suspendido cerca del horizonte, iluminando de un modo sangriento la Gran Muralla. En la desierta planicie, tan sólo había dos personas, y ninguna contemplaba el atardecer.

Hiroko Takamura saltó sobre Jiang describiendo un abrupto arco con doble giro mortal tras el cual se encontró a su espalda. Trató de golpearlo en la cabeza desde aquella posición con una patada giratoria, pero Jiang no era menos rápido que ella y girando sobre sí mismo logró bloquear el ataque, contraatacando después con una serie cerrada de puñetazos al rostro que Hiroko a duras penas pudo repeler.

Se encontraban ahora de nuevo frente a frente, los dos luchadores. Alto, musculoso y moreno él; delgada y escultural ella, con el pelo recogido en una trenza que bailaba sobre su espalda acompañando cada movimiento.

Aguardaron unos segundos, evaluándose. De pronto, y por primera vez, Jiang habló:

—¿Qué estamos haciendo?

—Nos estamos matando —respondió Hiroko, extrañada ante lo obvio de la respuesta.

Jiang aprovechó la breve turbación para abalanzarse de nuevo contra ella. Dio dos pasos al frente, ensayó un directo a la nariz de Hiroko para luego agacharse y, con un barrido, hacerla caer. Cuando saltó sobre el cuerpo, ella ya no estaba allí; había escapado gracias a su extraordinaria agilidad, y lo esperaba ahora a él. Con un salto, cayó sobre el joven, clavándole el codo en la clavícula y retorciéndole el cuello. Jiang gimió de dolor y, luego, se recuperó.

—Eso ya lo sé, lo que no sé es por qué.

Hiroko saltó de nuevo y le propinó una patada voladora que impactó en pleno rostro. El labio inferior estalló y un grueso chorro de sangre salió disparado, perdiéndose entre la hierba. Jiang se echó nuevamente atrás, cediendo unos metros para poder recuperarse del golpe.

—Lo que quiero decir es que no entiendo por qué lo estamos haciendo. Tú eres una chica preciosa y yo, la verdad, no recibo muchas visitas por aquí.

—¡Perro! —exclamó ella— ¡Tú y tus amigos violasteis a mi prima!

Jiang se acercó de nuevo a ella, hizo un extraño movimiento con las piernas y, de pronto, comenzó a girar en el aire.



—¿Qué amigos? —preguntó, mientras la serie de patadas aéreas daban de lleno en la cabeza de Hiroko—. Yo... no tengo... amigos... ¡Aumpf! —cayó al suelo. Hiroko se secaba la sangre que manaba de sus fosas nasales. Jiang, dispuesto a no concederle tregua alguna, siguió golpeándola en el vientre, en el pecho, en la cara—. Ya... te... he dicho... que nunca... pasa nadie... por aquí.

El último puñetazo fue bloqueado limpiamente por su adversaria, que, presa de la furia arremetió contra él haciendo gala de toda su habilidad. Una serie de veinte puñetazos en menos de dos segundos destrozaron la mandíbula de Jiang. Tras cada impacto un chorro de sangre brotaba como de un manantial. El sol moribundo hacía que pareciera chocolate caliente, pero no lo era.

—¡Maldita sea, Hiroko! —gritó una vez su adversaria se hubo hartado de encajarle un directo tras otro— ¿Por qué tanta violencia? ¿De qué sirve?

—Tú tienes a mi prima. He librado decenas de combates antes de enfrentarme a ti. No me vas a disuadir de mi búsqueda ahora.

—¿Qué...? —Jiang se rehizo de pronto, se agachó y propinó un gancho de derecha que hizo a Hiroko volar por los aires. Cuando cayó de nuevo, él la estaba esperando. La cogió por el antebrazo y la arrojó de nuevo por encima de su cabeza. Su cuerpo se estrelló contra el suelo unos metros más allá—. Yo no tengo a nadie. Esto es ridículo...

Hiroko se levantó, doliente. Cada parte de su cuerpo protestaba por los golpes recibidos, pero no se iba a rendir por ello. Habían sido muchos los años de durísimo entrenamiento en la lejana isla de Hokkaido, bajo la tutela del severísimo senshei Kajashi, y no podía ceder tan cerca del triunfo. Contempló fijamente a su adversario, buscando un punto débil en aquella esbelta mole de músculos. Tenía que reconocer, a su pesar, que era un joven atractivo... Pero no, ésa era otra trampa más en el camino, como la aparente debilidad del General Smith, en Los Ángeles, o los escuchimizados brazos de Rama-Ran, en Estambul. Había superado demasiadas pruebas a lo largo de su búsqueda, demasiados tormentos, y había sobrevivido a todos ellos. Ahora sabía que sólo eran la preparación indispensable para este último encuentro.

—Escúchame, Jiang san. No vas a confundir mi mente, ni mis miembros, que sólo obedecen a su destino. Vas a morir hoy, vas a pagar por todos tus crímenes, y yo seré tu ejecutora.

Y entonces corrió hacia él, que la contemplaba con los ojos muy abiertos, tan rápido que dejó una estela verdeazulada tras de sí. Cuando estuvo suficientemente cerca, concentró su ki en los pocos centímetros cuadrados de su mano derecha y la alzó en un movimiento vertical a cientos de kilómetros por hora. A mitad de camino, la mano tropezó con el cuello de su adversario y tiró de él, hacia arriba. Sonó un grito y un chasquido. El brazo se atascó un segundo y luego continuó ascendiendo, con su trofeo.

El cuerpo decapitado de Jiang cayó sobre sus rodillas y, durante unos instantes permaneció así, postrado ante ella, para luego desplomarse en el suelo.

Hiroko contempló la cabeza que sostenía en su mano derecha. Del cuello caía la sangre en cascada, empapándola el brazo. ¿Quién iba a decir que una cabeza podía contener tanta sangre? La espina dorsal se agitaba levemente, movida por la brisa.

Entonces, la vencedora se cuadró, miró al frente, levantó, bien firme, su brazo y permaneció completamente inmóvil, congelada.

Y desde muy lejos, como desde otro mundo, le llegó el sonido de un grito infantil de júbilo, triunfo y exaltación.

## A la sombra de Elisendo

Todos en el pueblo lo sabían: Elisendo era especial. Alejandro, el hijo de la costurera, lo comentaba por las noches en susurros, como si al amparo de una jarra de cerveza las palabras pudieran brotar con mayor fluidez. Levantaba con presteza el brazo derecho y golpeaba la mesa con el canto del jarro: “Por todos los diablos, ese chico habría llegado lejos, maldita sea”, y la espuma trepaba por el desgastado vidrio hasta gotear por sus dedos y empapar los callos de sus manos. Entonces, el tabernero se agachaba y, tras buscar cansadamente bajo el mugriento mostrador, sacaba el rioja especial. Nadie ignoraba el hecho de que la botella hubiera sido rellena en numerosas ocasiones con vino “peleón”, pero asimismo, a nadie le importaba, y mucho menos a Gabriel, que, cansado de esperar una fortuna en las apuestas que siempre se retrasaba, contemplaba cómo sus energías y las ganancias de la tasca se esfumaban por arte de magia con el devenir de los años. “Sí señor, habría llegado a lo más alto. Qué gran tipo, Elisendo”. Entonces Gabriel tenía la seguridad de que los pocos hombres, ya curtidos y arrugados por el tiempo, se sentarían alrededor de Alejandro para escuchar de nuevo la vieja historia. Y quizá, sólo quizá, cuando unos cuantos chatos hubieran embotado suficientemente el juicio de los clientes... en fin, nadie notaría que cobraba un duro o dos de más por cada vaso de vino.

“Cuéntanos, ¿qué ocurrió con Elisendo? ¿Es cierto que en una ocasión...?”, las preguntas parecían brotar del aire tibio y enrarecido del local. Y entonces, como en tantas otras ocasiones hiciera Alejandro, sus ojos se volvían tristes y la expresión nostálgica convertía su rostro en sudario de mortificación y lástima no del todo fingidas. “Ay, pobre Elisendo. Pena me da acordarme de él”. Naturalmente, los hombres se agolpaban a su alrededor ocupando las sillas vecinas mientras él se deshacía en amargos comentarios de un pasado escabroso y difícil. “Qué ocurrió, qué ocurrió... pronto, Gabriel, un tinto para el Alejandro... a ver, una cerveza para el hijo de la costurera... venga ese coñac, Gabriel, que yo pago...”. Y el Gabriel, que estaba ya de sobras advertido de los manejos del Alejandro, se sonreía y abría una botella de vino, asombrado una vez más por la sed de historias de aquellos hombres.

Y así, las toscas patas de los bancos crujían bajo el peso de los clientes que, aún a sabiendas de lo que en realidad se les deparaba, juntaban sus voces y las pocas perras que la recogida de fresas permitía derrochar en la taberna para agasajar al Alejandro, quien, a sus setenta y pico años de edad, seguía siendo, como el primer día, atracción principal de la aldea. “Elisendo, Elisendo...”, murmuraba tristemente el anciano de pelo escaso y rancio, barbilla caída y pómulos surcados por finísimas venas rojas.

“Ay, Dios mío cómo pasan los años. Aún puedo recordar aquel día, en el descampado del tío Felipe...”, mientras la enorme mano morena ascendía hasta sus fauces sedientas y descendía de nuevo, un poco más vacía y con un rumbo ligeramente más impreciso. “Ay, cómo vuelan los días y las primaveras”. Gabriel frotaba sus manos con fruición al contemplar cómo todos aquellos hombres rudos y curtidos se deshacían en halagos a la lengua suelta y la memoria siempre viva del Alejandro, al tiempo que las botellas palidecían y los barriles se desangraban. “Aquella tarde, ¿qué ocurrió aquella tarde en el descampado?”. “Ay, no sé, no sé. Qué grande era Elisendo, qué grande. Podría haber llegado muy alto, sí señor”.

Elisendo había sido un gran tipo. Elisendo había sido amigo íntimo e ídolo secreto del señor Alejandro. Elisendo había sido un dios, pero un dios caído. Todo el mundo lo sabía en el pueblo. Todos los habitantes habían, en alguna ocasión, atendido a los recuerdos que el hijo de la costurera resucitaba tarde sí, tarde no, arropado por el hediondo ambiente de la taberna y estrujado por la tibieza de un vino que no llegaba a calentar sus miembros artríticos. Por tanto, “¿quién era Elisendo? ¿qué pasó en el descampado...?”. Las monedas tintineaban al danzar sobre la vieja barra de la taberna y el señor Gabriel se relamía de gusto cuando sus dedos, siempre ansiosos, se posaban sobre ellas y las guardaba en la caja de madera, bajo el estante de los mostos. “Elisendo fue un tipo muy grande, hijo. Nadie recogía la fresa como Elisendo. Íntimo amigo mío, además”. “Otra copa. Otra copa para el Alejandro a la salud del Elisendo”. Elisendo, qué gran leyenda, todo el mundo lo admiraba en el pequeño pueblo andaluz. A veces la gente preguntaba demasiado, atosigaba al viejo y abría viejas heridas en los recuerdos de Alejandro, entonces él entornaba los ojos, fruncía los labios y remarcaba las arrugas de su rostro apoyando la mejilla en su mano izquierda. “Vamos, Alejandro, ánimese. Un carajillo para Alejandro, hombre”.

Elisendo era un gran tipo, pero nadie sabía quién había sido Elisendo. En cierta ocasión se encontraba Alejandro apoyado en la sucia barra de la taberna de Gabriel, ensimismado en sus propios pensamientos, cuando, repasando el periódico, una noticia le recordó súbitamente a su amigo perdido y, en un suspiro, así se lo refirió al tabernero. “¡Ay, Gabriel!, cuánto me acuerdo del Elisendo”. Entonces Gabriel, con aquella sonrisa suya tan limpia, tan perfecta, desempolvó las espitas del barril y dispuso los vasos bajo el mostrador. Los clientes resucitaron en el bar y se volvieron todos hacia la figura marcadamente enjuta y seca de Alejandro, implorando más recuerdos, suplicando más historias narradas con aquella voz gruesa y áspera, como si el curso de los años hubiera grabado alguna impronta indeleble, algún sabor amargo en su paladar. “Cuéntanos algo, cuéntanos”. Y él comenzó a evocar la memoria de su amigo, y de la plantación del Felipe, y las fresas, y de lo alto que, ay, podría haber llegado Elisendo, cuando un desconocido hizo girar la puerta de madera desvencijada y atravesó la densa atmósfera de la tasca para escuchar también él lo que decía el Alejandro. “¿Quién era Felipe?. No conozco su plantación”, preguntó el forastero, pero, ay, en buena hora abrió la boca porque de nuevo la nostalgia se apoderó de Alejandro, sumiéndolo en un profundo dolor. “Otro. Otro vino para el señor Alejandro”. Pero aunque aquella noche corrió la bebida e incluso Gabriel, mudo de asombro, hubo de descorchar la empolvada botella de cava que atesoraba en la trastienda, ni una palabra más atravesó los taciturnos labios de Alejandro.

Y nadie sabía quién era el Elisendo, ni quién el Felipe, ni cuál la plantación; pero sí lo sabía Alejandro. “Elisendo era un as, era el número uno, por todos los demonios”, decía al cabo de un buen rato, mientras Gabriel hacía un nuevo recuento de las ganancias porque el año no iba muy bien y los caballos por los que apostaba jamás le aportaban ningún dinero. “El mejor, ése era Elisendo. El orgu-

llo de este pueblo y este país. Maldita sea, qué alto pudo haber llegado”, murmuraba el viejo entre sorbo y sorbo, con el cuerpo templado y el alma ardiente de un jovenzuelo. Y entonces, al filo de las once o las once y media, enmudecía para que la gente volviera a sus casas, al calor de la lumbre y sus esposas, y comentara a sus familias que iban a nombrar patrón del pueblo al Elisendo, que iban a hacerle un monumento, que iban a canonizar al Elisendo.

Nadie en el pueblo lo ignoraba: Elisendo era especial. Elisendo era un santo. Elisendo era la leyenda viva del lugar. Todos lo glorificaban y rezaban largos rosarios por él los primeros viernes de cada mes, porque todos le amaban profundamente. Porque todos conocían al Elisendo... y nadie sabía quién era. Excepto Alejandro...

...Y Gabriel, naturalmente.

## No hay fantasmas

—Esas cosas no existen, corazón. ¿No lo ves? Sólo estamos tú, Epi y yo —Marta acarició dulcemente el cabello de Alberto, y depósito un suave y tranquilizador beso en su frente. Al hacerlo paladeó la salubridad de su miedo, pero lo pasó por alto. Eran las tres y cuarto de la madrugada, y tenía que levantarse dos horas después para recorrer dos horas de atascos hasta la editorial en la que trabajaba.

—¿Seguro? —le increpó, aún indeciso, su hijo.

Marta sonrió, haciendo acopio de toda su paciencia.

—Claro, sólo ha sido un sueño. Mira —y se encaminó hacia el extremo opuesto del cuarto, conteniendo un bostezo. Abrió la puerta del armario—. Nada. Sólo tu chubasquero y tu cazadora del Pato Donald, y tus zapatillas y tu... ¡Oh! ¿Qué es esto? —un escalofrío se apropió por un instante de Alberto obligándole a asir con tal fuerza a Epi que se le pusieron blancos los nudillos. Luego, el anticlímax. Su madre se volvió con el camión de bomberos que le habían regalado tito Quique y tita Ana el verano anterior, con motivo de su octavo cumpleaños (por entonces su máximo sueño era ser bombero)— ¡El gran fantasma de los bomberos en su coche fantasma con su escalera fantasma y sus mangueras fantasmas!

«¿Cuánto tiempo queda —pensó Marta, sintiendo un vago vértigo al considerar el abismo del tiempo— hasta que mi hijo interprete palabras como éstas como símbolos fálicos?»

Alberto desarmó su miedo con su risa infantil y franca.

—Mamá, eres tonta.

—¿Ah, sí? Pues tú más, pillastre —respondió, corriendo hasta su cama para cosquillearle el costado y obligar una vez más su carcajada. Al hacerlo, ella misma rió, sintiéndose una chiquilla por primera vez en Dios sabe cuánto tiempo. Por alguna razón, cuando hacía cosquillas a su hijo, él se las devolvía directas al corazón.

Alberto rodeó con sus bracitos el cuello de Marta y tiró de ella hacia él para regalarle un sonoro beso en la mejilla.

—Te quiero, mami. Y Epi también.

—Ya lo sé, cielo. Yo también os quiero a los dos, pero ahora mamá tiene que irse a dormir, porque mañana va a trabajar, así que duérmete y no pienses en esas cosas, ¿de acuerdo?



—Vale —se conformó Alberto.

—Muy bien. ¡Qué valiente! Y mañana cuidado con hacer rabiar a Teresa cuando te lleve al cole, ¿eh?

—Es que habla raro, mamá —se justificó con una risita.

—No, no habla raro, es colombiana, y probablemente ella piense que eres tú el que habla raro. No está bien reírse de los demás porque hablan diferente. Y venga, ya está bien de cháchara. A dormir.

—¿Puedo encender la lámpara de los pitufos?

Marta se lo quedó mirando, considerando su petición. Alberto tenía ya ocho años e iba siendo hora de empezar a eliminar algunos accesorios de su cuarto, como la lámpara que le regalaron cuando tenía tres años. Por otra parte, bien lo sabía ella, pronto él mismo se cansaría de la decoración y sustituiría los carteles de Barrio Sésamo por fotografías de tipos melenudos con guitarras eléctricas y cinturones claveteados, atiborrados de heroína hasta las cejas. Al fin y al cabo, una noche más no le haría ningún mal, ¡y la estaba mirando con unos ojos tan abiertos, tan azules, tan brillantes! ¿Cómo resistirse?

—Está bien, pero duérmete ya. ¡Que estoy muerta de sueño!

—¡Gracias, mamá! Buenas noches —y se dio media vuelta para accionar el interruptor. Al instante, el pitufo Gafitas con sus lentes y su admonitorio índice extendido, el pitufo Bromista con sus paquetes bomba y el Gran Pitufo con su birrete rojo y su barba blanca (Alberto estaba convencido de que era el Papá Noël de los pitufos) así como el resto de los cien pitufos de la pitufosa (e inlocalizable) aldea pitufa, corrieron por las paredes y el techo perseguidos por un Gargamel que estaba predestinado a fracasar en su caza.

Marta sonrió, indulgente, y apretó edredón y sábana bajo el colchón. Su hijo ya se había olvidado de ella y contemplaba absorto la interminable persecución proyectada en la pared contigua a la cama. Pronto cedería a su hipnótico encanto y quedaría dormido, alejado de esas tonterías de fantasmas y monstruos acechando en el armario, con el muñeco de Epi como amuleto.

Más tranquila ahora que lo estaba su hijo, se levantó y caminó hacia el pasillo. Al hacerlo, vio la puerta del armario, ligeramente ladeada, y la cerró. Luego apagó la luz y dejó a Alberto sólo. En la oscuridad.

Le gustaba ver la persecución, porque cada vez descubría nuevos detalles en ella, si se fijaba lo suficiente durante bastante tiempo. En unas ocasiones, Gargamel parecía sonreír como si estuviera a punto de atrapar a una de aquellas insidiosas criaturas azules. En otras la sonrisa era más bien una mueca de desesperación al saberse condenado a correr por los siglos de los siglos sin conseguir su propósito. Si Alberto hubiera sabido algo de mitología griega, habría sido capaz de asignar al instante el gesto apropiado al desdichado Sísifo.

Ahora, sin embargo, estaba concentrado en Azrael, el fiel gato del brujo. Un pitufo (por el ceño fruncido Alberto supo que se trataba del pitufo Protestón) le mordía con fuerza la cola, y el minino saltaba con las patas muy tiesas y el pelaje encrespado, justo como si acabara de salir de una charca y se hubiera sacudido para librarse del agua. A Alberto le daba pena el gato, que era siempre víctima de las explosiones y golpes de los que era responsable su amo, sin tener él arte ni parte en ellos. A él sólo le gustaban los pitufos (de ello estaba Alberto totalmente convencido) porque se parecían a los ratones. ¿Qué hay de malo en que a un gato le gusten los ratones? A él le gustaban los huevos de chocolate con sorpresa, y a su madre, sobre gustos no hay nada escrito, las acelgas. Nadie los perseguía por eso. Nadie les hacía explotar paquetes de regalo en las narices, ni les pateaban en el hocico, ni les mordían la cola, en caso de tenerla.

Alberto, en la oscuridad de su cuarto, frunció el ceño.

A su padre, en realidad, sí que le habían regalado un paquete sorpresa. Mamá le había dicho que no, que se había puesto muy enfermo de repente y se había ido con el abuelo, pero Pedro, en la escuela, le había confesado la verdad. Pedro era su amigo, y los amigos nunca se dicen mentiras. Papá se lo había explicado muchas veces. En cambio los padres... él mismo les había contado alguna mentirijilla de vez en cuando, como cuando se le cayó al fregadero la jarra favorita de papá y les dijo que él no había sido, que se había roto sola. Y ellos a él le habían engañado con lo del ratoncillo Pérez (aunque no le importaba demasiado; era una mentira buena, y durante bastante tiempo la tuvo guardada para sí, para no perder el regalo que sucedía a la caída de algún canino o molar de leche), algo que, como el mismo Pedro le había explicado cuando le enseñó el coche en miniatura que el presunto ratón le había traído por su último diente, era imposible. Los ratones de verdad, a diferencia de los Reyes Magos, no tienen manos, argumentó con la implacable lógica infantil. ¿Cómo iba a cargar entonces con el cochecito el ratoncillo Pérez? Alberto había especulado con la posibilidad de que lo llevara enroscando en él la cola, pero Pedro se había echado a reír, y Pedro tenía casi un año más que él. Pedro sabía todo lo que había que saber sobre cualquier tema. Si Pedro decía que el ratón no existía, era porque no existía. Si Pedro afirmaba que existían imanes que atraían el papel era porque él tenía dos docenas. Y Pedro le había dicho que su papá había muerto porque le había explotado una BOMBA. Le habían puesto una BOMBA debajo del coche y luego la BOMBA había explotado, llevándose a papá con el abuelo.

A él le gustaba el chocolate, a su madre, hay que ver, las acelgas, y a su padre le había gustado el coche con sirena y la ropa azul y ayudar a la gente que se perdía o se equivocaba de carretera. Detener a los malos no le gustaba (le había confesado una noche como ésta, sentado con él en la cama) porque hasta los malos tenían hermanos o hijos que les querían, y las más de las veces no eran más que personas atolondradas o desesperadas, o todo un tiempo. Pero no le quedaba más remedio que hacerlo, por su propio bien y el del resto de la gente. Eso Alberto lo había entendido a la primera. Como a todo niño, le gustaban las cerillas y quedarse contemplando los hornillos de gas de la cocina, pero aún así quería ser bombero. Sí, lo comprendía perfectamente.

Una BOMBA. Le habían puesto una BOMBA y papá había desayunado en casa y le había dado un beso y luego otro a Marta y había salido por la puerta ciñéndose el cinto y esa cosa para hablar el «gualquitalqui» en el bolsillo de la camisa y había bajado al portal y abierto la puerta del portal y había salido a la calle y hacía fresco y había frotado las manos así frente a la cara como formando una caja y soplado dentro levantando una nube de vapor en torno suyo y había caminado alrededor del edificio hasta donde tenía aparcado el coche en el que habían puesto una BOMBA y había sacado las llaves y buscado la de la cerradura y se le habían caído por el frío que estaban heladas y se había agachado hasta el bordillo de la acera para recogerlas y no había visto la BOMBA adherida a los bajos y después se había levantado e introducido la llave en la cerradura y girado y había tirado de la manija con la mano izquierda y había abierto la puerta y había entrado y encendido el motor y había esperado a que el vaho del cristal se desvaneciera del todo y había arrancado y salido camino del cuartel y a mitad del camino la BOMBA había EXPLOTADO como un trueno había EXPLOTADO y había mandado a papá con el abuelo.

Fue duro, sí, muy duro. Los abrazos que no entendía, las miradas de lástima, los “lo siento”, los besos grasientos de viejas y desconocidas tías abuelas, los “ahora tienes que ser un hombre”, los “es algo horrible lo que ha pasado con tu padre”, las velas, los llantos, las lágrimas de su madre, las negras ves-

timentas, la bandera, las salvas, las cámaras, los “cómo se encuentra su hijo” oídos a medias, apartado por los brazos protectores de mamá; su vida medida en fogonazos de cámara fotográfica, telegrafiada por agencias EFE, radiada en frecuencia modulada; sus lágrimas codificadas en cadenas comprimidas de bits perdidos por la red... Sí, fue horrible, y habría sido aún peor si él hubiera estado realmente allí, si no hubiera padecido lo que el psicólogo infantil del colegio había denominado una “afasia temporal debida al shock nervioso”, que no era otra cosa que decir, con sintomático afectamiento etimológico, que Alberto había colgado el cartel de “cerrado por defunción” en su cerebro; que, en cierto modo, Alberto estaba deseándole buen viaje a su papá, allá arriba, con el abuelo.

Más tarde, todo se normalizó. En algún punto del globo, un pequeño ensayo nuclear robó el cinco por ciento de atención en los noticiarios; en el otro extremo alguien que debía dar explicaciones a su señora reclamaba otro treinta por ciento de la atención; y, más cerca, un equipo futbolístico cuyo presupuesto sobrepasaba los once guarismos perdía la “liga de invierno” ante otro que no llegaba a los ocho, acaparando el sesenta y cinco por ciento restante del interés nacional.

Las aguas, finalmente, volvían a su cauce, y un Alberto que apenas contaba con siete años descolgó el cartel de “cerrado” para abrir de nuevo las puertas de la percepción a un mundo en el que, de pronto, se encontraba sin puntos de referencia.

Marta encontró trabajo en una editorial infantil. Llegó Teresa, que lo acompañaba al colegio por las mañanas y lo iba a recoger por las tardes. El día cobró así un cierto ritmo, una cadencia que lo sedujo.

Las noches sin embargo...

Pensativo, Alberto siguió con la mirada el curso de la persecución por la pared. En cabeza iba el pitufo Bromista, regalo en ristre. Detrás corría Gafitas, con la boca abierta (se lo diré al Gran Pitufo, ya lo verás, porque como el Gran Pitufo siempre dice...), apuntándole con el dedo. Más allá, tres pitufos sin nombre formaban un trío sonriente y apurado. Luego iba el Gran Pitufo, solemne con su barba y sus ropas coloradas, en cuya cabeza, a buen seguro, ya se habría fraguado algún plan para librarse de su perseguidor. Detrás, más pitufos anónimos. Cerraba la marcha pitufal el Cosmopitufo, todo vestido de blanco, con una pecera por casco (Alberto siempre se preguntaba si no se asfixiaría allí dentro; tal vez los pitufos no necesitan respirar, y por eso son tan azules). Ligeramente rezagados, les perseguían el alquimista calvo vestido de negro y Azrael, el gato, en cuya cola hincaba los dientes el pitufo Protestón.

La comitiva era pequeña en la pared junto a la mesita en la que descansaba la lámpara, pero, como si desmintiera todo sentido de la perspectiva, su tamaño crecía a medida que se alejaban, hasta el punto de parecer enormes en la pared opuesta. Alberto se giró hasta quedar boca arriba para verlos desfilar frente a él, como si la puerta del armario fuera una pantalla marrón de cine que oscureciera los colores hasta convertir la piel de los protagonistas en chocolate. Era lógico, pues, que Gargamel quisiera atraparlos, y al verse incapaz, sostuviera aquel gesto de impotencia resignada, medio sonrisa, medio llanto histérico. A los pocos segundos, la escena completa finalizó y Alberto esperó paciente a que llegara la siguiente, copia exacta de la anterior.

El pitufo Bromista, hermano gemelo del que acababa de desfilar un momento antes, apareció con su regalo, y avanzó sobre la madera, ondulando al pasar sobre las molduras de la primera puerta. Siguió corriendo sin mover sus minúsculas piernecitas y pasó a la segunda, donde guardaba su chubasquero, su chaqueta del Pato Donald y el camión de bomberos. En completo silencio, los brazos extendidos sosteniendo el paquete mortal tan lejos de su cuerpo como le era posible, la cabeza echada hacia atrás, sonriente (¿no era aquella la sonrisa de un loco?), se deslizó por la madera, de derecha izquierda. En sus

mejillas, teñidas de chocolate, fluctuaba la textura de la madera. Estaba a punto de llegar al final de la puerta. Su figura se abombaría entonces, al hacerlo la superficie en la que se reflejaba, y se deformaría por un segundo, bienvenido a la tercera dimensión, antes de pasar a la última puerta. Precisamente ahora sus bracitos se acercaban al punto en que...

El regalo desapareció. Pareció comérselo la oscuridad del cuarto. Después desaparecieron también los antebrazos del pitufo, y tras ella hombros, cabeza y birrete.

El escalofrío brotó en la espalda de Alberto y campó por ella a sus anchas, despertando torrentes de adrenalina, sudor, pánico puro. De nuevo el armario... de nuevo.

—No hay fantasmas... no hay fantasmas... no hay fantasmas... —murmuró, sin tener consciencia de que lo hacía. Apretó a Epi con fuerza contra su pecho y contuvo la respiración.

El pitufo Gafitas siguió el mismo camino que su predecesor. Se lo tragó lo negro. Llegaban ya los tres pitufos, ignorantes de su destino, como lemingos en la desembocadura de un glaciar.

Un destello de comprensión le sacudió la cabeza, como una descarga eléctrica. La puerta del armario estaba abierta, la cerradura no funcionaba como es debido y de tanto en tanto se abría sola. La luz del proyector no llegaba hasta el fondo y los pitufos aparentaban desaparecer. Aquí la palabra clave era “aparentaban”. Sólo “aparentaban” desaparecer, porque pronto saldrían de nuevo por el otro lado de la puerta. Qué tontería, creer que se los había tragado el armario... o algo que estuviera agazapado dentro del armario...

Un miembro del trío pitufal se esfumó. El segundo lo secundó y el tercero decidió hacerles compañía en la oscuridad. Quedaba ahora el Gran Pitufo como única cabeza pensante capaz de disolver aquella Némesis particular y liberar, una vez más invicto, a su pueblo..

Una luz parpadeante bañó el interior del armario, dibujando las jambas de la puerta. Alberto conocía la luz, su frecuencia. Era la luz de los bomberos, sólo que de color añil.

—... no hay fantasmas, no hay fantasm...

La luz creció de intensidad. El Gran Pitufo se precipitó hacia ella, y tras él el resto de sus congéneres. Gargamel lo hizo unos segundos después, y su sonrisa entonces era de alivio, de descanso. Azrael siguió a su amo (¿había girado la cabeza en el último momento, clavando en él sus pupilas amarillas?), consiguiendo de este modo, tal vez, librarse de la dolorosa presa de que era objeto.

La luz parpadeó. No cabía duda. Era azul.

El corazón de Alberto se disparó, sobrealimentado de adrenalina. No gritaría. No otra vez. No despertaría a mamá, porque no hay fantasmas, no, no los hay. Estaba dormido. Esas cosas no existen, no llegan durante la madrugada a comerse a uno. En eso mamá y Pedro coincidían, y no había gentes más doctas en el tema que ellos dos.

La puerta rechinó al abrirse lentamente, pese a que los goznes habían sido engrasados una semana antes. La puerta rechinó, y la luz azul se desperdigó por el cuarto, convirtiéndolo repentinamente en una escena submarina, con sus contraluces y sus ambigüedades.

Alberto reprimió un grito al ver que unas falanges empujaban la puerta. Epi era un guiñapo arrugado contra su pecho. Una gota de sudor le resbaló por la frente, rodeando los ojos para acariciar después la curva suave de la mejilla, como un dedo helado. Su corazón, próximo al colapso, dio un vuelco, un acelerón, y se estabilizó de nuevo.

A las falanges les siguieron unos nudillos, y a los nudillos una mano, y a ésta una muñeca que terminaba en la manga de una camisa.

La puerta siguió abriéndose. El ángulo de visión creció.

La luz parpadeaba.

Sentía frío.

Finalizado el recorrido de sus bisagras, la puerta se detuvo y el interior del armario quedó al descubierto, y, como toda fuerza desnuda, perdió su poder.

Paz.

Su corazón se relajó de pronto, y sus manos aflojaron la presión sobre el muñeco de Barrio Sésamo. El calor, bienvenido fuera, recorrió de nuevo sus extremidades. Las facciones de su rostro se distendieron.

Acucliado en el exiguo espacio del armario, entre el chubasquero y la cazadora del Pato Donald, su padre alzó el rostro, vivo, móvil, contagiando calma y felicidad, para clavar en él la mirada azul cuyos ojos Alberto había heredado.

Su padre se incorporó. Sonreía y sus dientes refulgían, fluorados, como en un anuncio de dentífrico. Sostenía en sus manos el camión de bomberos, sólo que ya no era un camión de bomberos sino un coche patrulla blanco, lleno de luces que salpicaban su rostro de sombras y luminarias azules. Avanzó hacia él, sacando con suavidad primero una pierna y luego la otra del armario. Despacio, sin ruido, caminó hasta la cama y dejó el coche en el suelo y Alberto sintió de pronto que su miedo renacía, un temor profundo en nada parecido al que había sentido al ver que los pitufos eran devorados, uno a uno, por el armario. Un pavor que nada tenía de venal y sí mucho de desesperanza.

Porque Alberto temía de pronto que mamá y Pedro estuvieran en lo cierto, que no hubiera fantasmas, que sólo estuviera dormido, y sentía pánico, auténtico terror de despertar y descubrir que el coche ya no estaba allí, junto a la cama, donde su padre lo había dejado. De modo que cerró los párpados con fuerza, con mucha fuerza, hasta que se le llenaron las cuencas oculares de chispitas de colores, y pensó, deseó con toda la intensidad que era capaz: “hay fantasmas, hay fantasmas, hay fantasmas...”

Y sólo mucho más tarde, sólo cuando se hubo convencido a sí mismo de que sí había fantasmas, abrió los ojos.

## El pueblo elegido

Al final, el mundo se acabó. El sol se apagó de pronto un día, y del cielo cayó una ola de fuego que abrasó todas las ciudades. Los océanos se rebelaron y uno tras otro inundaron las tierras, dejando tras de sí muerte y desolación. Las víctimas se contaban por millones mientras allí, sobre una colina, los Elegidos contemplábamos la destrucción de los que antaño fueran nuestros hogares.

Nos mirábamos unos a otros con inquietud, sin atrevernos a posar la mirada durante demasiado tiempo en un mismo sujeto, no fuera a caer la muerte también sobre nosotros. Estábamos allí miembros de todas y cada una de las razas que poblaban la Tierra. Al parecer, Dios no hacía distinciones en función del pedigree.

De pronto, sobre una nube de cegadora blancura, el Señor apareció sobre nosotros, y nos habló:

—Hoy, hijos míos, el profetizado Fin del Mundo ha llegado. Los justos habeis sido separados de los pecadores, que descansarán— dijo haciendo gala de un Divino sentido del humor, —por siempre en el Infierno. Vosotros, hijos míos, sois los Elegidos entre mi pueblo. Elegidos por vuestra lealtad a mis Leyes, Elegidos por vuestra fidelidad, por vuestra devoción. Vosotros, hijos míos, que tantas veces habéis dado incluso la vida por servirme, vosotros que habeis cuidado de mi rebaño, vosotros que habéis salvado vidas, que habéis amado al prójimo más incluso que a vosotros mismos. Vosotros, hijos míos, sois los destinados a caminar a mi diestra por el Reino de los Cielos.

Apenas había dicho Dios estas palabras cuando una escalera dorada apareció frente a nosotros, en ascenso directo hacia la inmensidad. Nos quedamos todos petrificados, contemplando la imposible escalera que surgía de ninguna parte y partía hacia el infinito. Esperábamos quizá una orden, un permiso, tan enraizada estaba en nosotros la obediencia y la devoción...

Y de pronto, como si Él pudiera leer nuestros pensamientos —y qué duda cabe de que, en su omnipotencia, podía— el Señor nos hizo un gesto con la mano, conminándonos a subir.

Entonces, ladrando de alegría y agitando nuestros rabos con entusiasmo, iniciamos, al fin, nuestra ansiada ascensión al Paraíso.



## Momentum

Hay baldosas nuevas y césped recortado día sí, día no, se diría que a tijera; y unos setos preciosísimos, frondísimos, podados matemáticamente que perfilan las redondeadas y rechonchas avenidas artificiales; y palmeras, y flores, y castaños de indias –plataneros los llaman en el norte– abrazados en el cielo; y hay un mar que se precipita y lo inunda todo de salitre, y un borracho tumbado en un banco, muy blanco y azul el banco, muy cuidado también el banco, muy al servicio de vuestras mercedes el banco aunque un tanto pegajoso (una nadería, una bicoca) a causa de los jugos gástricos que regurgita cada pocos minutos el hombre.

El hombre se llama Pepe, lo llaman Pepe, y vive en el banco, por esta semana. Ya le han echado el ojo los municipales y le han dicho que ni una noche más, que lo pone perdido todo de Don Simón los domingos y de tinto Pryca los días de entre semana; que, además, se acerca el verano y eso crea, cómo decirlo, como mala imagen, como mal rollo. Que se vaya, venga, disuélvase, hombre, tenga veinte duros y váyase que me tiene entre ceja y ceja el comisario, no me ponga en un apuro, hombre.

Hay un perrucho también a veces al lado del Pepe, un animal parduzco, tuerto y flaco, que vive de las vomitonas de su dueño, cuando Pepe es su dueño, y de las vomitonas de cualquier otro cuando no. Al perro tampoco lo quieren ni ver por allí; el perro es peor que el amo, cuando el amo es Pepe, porque se caga por ahí, sin mirar dónde, y sin usar papel higiénico, el hijoputa, y los de la perrera municipal lo tienen también calado. Tres veces han venido a por él, pero el perrucho parece que los presiente y se va la noche antes.

A Pepe se le ve que lo quiere mucho, o no, o sea, a veces. Unas veces lo pega al perro, me le da una somanta de palos que le avía y el perro ahí que corre aullando muy fino, muy ultrasónicamente que no se le oye, pero se le intuye; pero otras en cambio le canta. Tiene una voz el Pepe muy cargada y nasal, muy ronca de tanto refumar colillas y de tantas noches y humedades al raso. Además tampoco se sabe las letras y se las inventa y nada rima y desgracia las canciones, pero al perro qué le va a importar, se queda sentado, o tumbado, o de pie, y parece que hasta le escucha. Al Pepe, por lo que se ve, le gusta que le escuchen. Le dice al perro que ha perdido la costumbre. El chucho en cambio no, no la ha perdido, porque no habla, ni ladra, ni hace nada de nada, salvo correr cuando a Pepe le vienen mal dadas

y se le empiezan a cruzar los cables allá, en el cartón de vino, o en la sesera. Entonces sí, entonces corre, y parece como de postal regalo de comida para perros. Hasta un perro de verdad parece entonces, que no le queda sino ladrar, al perro, como los de los anuncios, que saltan vallas y lamen mejillas como gili-pollas tras meter los hocicos en boles llenos de bolitas de plástico, que parecen plástico y saben seguramente a plástico, aunque huelan a pierna de colegiala.

Entonces eso, corre, corre como perro que lleva el diablo, el perro, y el Pepe que lo ve, y el Pepe que se levanta, o lo intenta, y se cae, se medio cae, se tambalea y se cae luego allá abajo, sobre los cartones vacíos. El perro que lo mira. El hombre que no ve. Se vuelve a levantar el Pepe. El mundo se le menea al Pepe, como si estuviera en un barco, el mundo, y hubiera naufragado, el Pepe, y lo contemplara desde las aguas, cada vez más frías. Así que allá va, corre que corre tras el chuchó, setos a través, adiós rosales. Y ahí el munipa, que no le quita ojo, pero que no se mueve. Y ahí la pareja que protege al niño de ocho años entre sus cuerpos y señala una estatua al otro lado del parque para desviar su atención, no se les vaya a corromper el niño, no se vaya a creer el niño que la vida no es como una de Disney, no les vaya a crecer, el pobre. Y más allá la viuda que, de azul, murmura y critica y compara tiempos y realidades, presidentes y generales. Y ahí el otro, que mira y se regodea. Y el Pepe que no sabe que no existen más que para que él no los vea, para que él no los niegue.

Al Pepe le da igual, porque el Pepe no se entera. Para el Pepe sólo importa el chuchó, el chuchó que corre, que ha presentido el puntapié que le tenía reservado y ha huído, el muy cabrón, el maldito chuchó. Así que mírale, que se levanta, y alza un índice hacia el perro, o lo que cree que es el perro, o una vieja, la vieja de azul, o un niño, el niño que quiere ser bambi, o un munipa de esos de vive y deja morir, o un perro, oye, que a lo mejor es un perro, o a ése que lo mira y sonríe de medio lado sin saber que no existe, que no existes chaval, así que no te rías. Le señala el Pepe al perro, o a los otros, y le grita que no corra, que ya le cogerá, que ya vendrá el muy cabrón a por más. Ya verás, le grita, ya verás como vuelves, so hijo de la gran puta. Y como vuelvas ya verás, ya verás...

Entonces el Pepe se sienta otra vez en el banco, y otra vez que se equivoca en el cálculo y termina en el suelo, pero no importa, al Pepe no le importa, vuelve a intentarlo y esta vez lo consigue: otra vez al banco, al vinito con sabor a aluminio.

Sigue con la vista al perrucho, el Pepe. Míralo, ahí está, bajo las hortensias, un ojo ciego, el rabo cortado y cojo de una pata. Qué cabronazo. Ahí se esconde. Ya vendrá, ya.

Al Pepe no le importa esperar a que regrese el perro. Para entonces ya se le habrán pasado las ganas de pegarse una patada, de partirse el hocico a hostias por ser como es, tan tuerto, tan cojo, tan borracho; ya no querrá más desahogarse pateándose en el lomo, asfixiarse hasta morir. O quizá sí. No lo sabe. No sabe siquiera si sabe que no lo sabe. No lo sabe; no le importa, porque no tiene prisa, el Pepe. Porque tiene todo el tiempo del mundo.

Porque el tiempo no existe para Pepe, y para el perro, es de suponer, tampoco. Tan sólo una fluida dilación entre cartón y cartón de vino, eso es el tiempo para él, porque para él no hay nada antes, no hubo nada, ni habrá después, porque para Pepe los cartones de vino de a ochenta y nueve pesetas el litro son infinitos como el mar, como el cielo, como las hormigas.

## FIN